

Viejo.— Era tan joven...

ESCENA CUARTA

Hombre.— (*Rompe el silencio.*) Hay que darnos cuenta de la gravedad del asunto. A ninguno nos conviene tener problemas. (*A Carlos.*) Hay que explicárselo perfectamente a su amigo porque podría comprometernos.

Carlos.— Ignacio, despierta... (*Lo mueve de los hombros.*) ¡Ignacio!

Ignacio.— (*Comienza a despertar.*) ¿Qué quieres?

Carlos.— Queremos protegerte. ¿Me entiendes? Queremos ayudarte. Fíjate bien lo que tienes que decir. (*Ignacio no escucha.*) Descubriste al negro robando, te atacó, tú quisiste defenderte y lo mataste. ¿Está claro? (*Al Hombre.*) Regístrelo para ver si trae algún arma. (*El Hombre se resiste y Carlos mira la Viejo.*) Rápido y sin dejar huellas. Limpie con un pañuelo.

Viejo.— No traigo pañuelo.

Carlos.— (*Le da al Viejo un pañuelo.*) Use éste.

El Viejo saca un lápiz, unos cigarros arrugados y una cartera vieja, la abre y comprueba que está vacía, saca las monedas que él mismo le había dado y las coloca en su propia bolsa.

Viejo.— No trae navaja.

Carlos saca una navaja de su bolsillo.

Carlos.— Deme el pañuelo. (*Limpie perfectamente la navaja y se la entre abierta al Viejo, aún con el pañuelo.*) Póngasela en la mano derecha.

El Viejo lo intenta y, sin querer, descubre la cara del adolescente, que ya no es negro.²

Viejo.— ¡Ya no es negro! ¡Ya no es negro!

Carlos.— ¿Qué dice?

² Nota para el Director: Al cubrir con la sábana el cadáver de Roberto hay una oportunidad en que se pueda cambiar el color del maquillaje de negro a blanco.

Viejo.— ¡Ya no es negro!

Carlos.— (*Iracundo.*) ¡Viejo estúpido, déjese de bromas! (*Se acerca al cadáver y constata el color de la faz de manera que el público se percate.*)

Viejo.— ¡Antes era negro y ahora es blanco!

Carlos.— No puede ser. Yo vi que era negro, todavía tengo aquí la pintura blanca.

Carlos enseña la palma de su mano que ahora está pintada de color negro. Ignacio se ha incorporado y camina como autómeta hacia el cadáver. El Hombre apresuradamente arregla sus pertenencias.

Ignacio.— ¿No es negro? Tiene que ser negro. (*A Carlos.*) Tú me dijiste que era negro. (*Mira al cadáver.*) Entonces ¿No era el novio de mi hermana? ¡Maldito, me has hecho matar a un inocente!

Carlos.— Escúchame, Ignacio, hubo un malentendido. Todo era una broma.

Ignacio.— ¿Una broma? ¿No pensaste que podría hacerle daño? Yo no quería matarlo, aún si hubiera sido negro, aun si hubiera sido el que violó a mi hermana. (*Se acerca al cadáver y lo mira con ternura.*) Era casi un niño... y yo lo maté. De verdad no quería matarlo... Yo siempre he querido a los niños.

Carlos.— Cálmate, Ignacio, ya verás que todo se va a arreglar.

Ignacio.— ¿Cómo dices?

Carlos.— Podemos pensar en algo...

Ignacio.— Podemos arreglarlo como he arreglado todo en mi vida: mintiendo.

Carlos.— Pero tú no querías matarlo, esa es la verdad, y es lo que vas a contarle a la policía-

Ignacio.— Claro, ¿no te das cuenta de que está muerto? Tú solamente tienes que decir que lo mataste en defensa propia. ¿Lo ves ahora más claro?

Ignacio.— ¿Por qué me dijiste que era negro?

Carlos.— Creí que era negro.

Ignacio.— (*Con fuerza inusitada.*) ¿Era o no era?

Carlos.— Yo juraría que era negro. Lo vi claramente.

Ignacio.— No lo entiendo. Los negros son siempre negros y los blancos siempre blancos... (*Pausa y agrega con temor.*) ¡Yo también vi que era negro!

Carlos.— Lo ves, Ignacio, no vale la pena romperte la cabeza. Las cosas suceden casualmente y yo hay razón para empeñarse en buscar explicaciones. Lo importante es que hay un muchacho muerto y que tenemos que dar una explicación lógica del hecho.

Mientras los diálogos continúan, el Viejo se aproxima al Cadáver y lo cubre ritualmente con una sábana.

Ignacio.— No, Carlos, es muy diferente. Yo con mis manos lo maté y eso es lo terrible. Además, necesito comprender por qué sucedió el cambio de color. Aun cuando yo quisiera ser negro, no podría. Compréndeme, Carlos, debe haber una razón y yo pienso separarme de aquí hasta encontrarla. (*Ignacio se aproxima al cadáver y queda pensativo.*)

Hombre.— Si ustedes piensan quedarse aquí, yo me retiro. No estoy dispuesto a perder mi libertad por querer entender lo que no tiene explicación.

Carlos.— Recuerdo que antes hay que dar parte a la policía. Si no, complicaríamos más la situación.

Hombre.— (*En voz baja, a Carlos.*) No confío en su amigo.

Carlos.— (*En bajo volumen.*) Sé cómo manejarlo (*A Ignacio, en voz alta.*) Fíjate bien, Ignacio, ni una palabra de lo que realmente sucedió, solamente va a contar a la policía lo que yo te he dicho. ¿De acuerdo?

Ignacio no responde y Carlos se dispone a salir.

Ignacio.— (*Altanero.*) ¡Alto! No vas a ir a ningún lado.

Carlos.— Eso vamos a verlo. (*Ha llegado hasta la puerta y la abre.*)

Ignacio.— Llama a la policía, anda, a ver si ellos me explican lo que no entiendo.

Carlos.— (*Cierra la puerta.*) No estoy jugando, tú sabes que cuando yo digo algo en serio, ¡va en serio!

Ignacio.— Pues yo no. Nunca he dicho ni hecho nada en serio en mi vida, y creo que ya es tiempo que piense algo seriamente.

Viejo.— (*Que había ido interesándose en el diálogo.*) Aquí hay mucho en qué pensar.

Carlos.— No me vas ahora a demostrar tu valentía. Siempre fuiste un cobarde.

Ignacio.— De acuerdo, pero ¿sabes por qué? Porque nunca he querido enfrentarme a ciertas preguntas, y ésta (*Señala el cadáver.*) es una de ellas.

Carlos.— No es el momento de pensar en filosofías. ¿No lo entiendes? Va tu libertad y la de nosotros de por medio. Ya tendrás tiempo de contestar a todas tus preguntas, ¿o es que quieres contestarlas en la cárcel?

Hombre.— Su amigo tiene razón, con la policía no hay juegos.

Ignacio.— (*No oyó al Hombre.*) Carlos, ayúdame, necesito comprender el sentido de todo esto.

Carlos.— Ha sido simplemente un accidente.

Ignacio.— Para la policía podrá ser un accidente, pero para mí es un hecho único, como si tuviera un gran valor.

Carlos.— Estoy de acuerdo en que tú no quieras mentirte más, pero eso debes enfrentarte a los hechos.

Ignacio.— Pero cómo puedo enfrentarme a los hechos si no los entiendo.

Hombre.— Busque el lado que más ventajas ofrezca.

Viejo.— (*Al Hombre.*) Usted habla de ventajas cuando debiera de habar de justicia.

Hombre.— (*Señala el cadáver.*) Ya no lo puede revivir, pero él sí puede perjudicarnos.

Ignacio.— No puede hacerme más daño que el que yo le hice.

Viejo.— Usted no deseaba hacerle daño.

Ignacio.— (*Con dolor.*) El daño estuvo hecho.

Carlos.— Nada podemos hacer para remediarlo.

Hombre.— Pero podemos protegernos.

Ignacio.— Nadie mata impunemente.

Carlos.— Su muerte no tiene que ver con tu vida.

Ignacio.— (*Con angustia.*) Su muerte debe tener un significado en mi vida, si no ¿para qué existo?

Carlos.— (*Pierde la paciencia.*) No seas estúpido, Ignacio, a esa pregunta no le he encontrado respuesta en toda mi vida, y no pienso encontrarla frente al cadáver de un muchacho porque nos pareció que cambió de color.

Ignacio.— Eso es lo que me inquieta. ¿Te has dado cuenta que es muy significativo que nos tocara vivir estos momentos? ¿Cuántos millones podrían estar en nuestro lugar? ¿O en el de él? Y nos ha tocado precisamente a nosotros.

Viejo.— Me gustaría saber si la vida tiene un sentido. (*Nadie lo ha escuchado.*)

Carlos.— Las cosas suceden porque sí. Nada significa que estemos nosotros aquí, y no esos millones que mencionas.

Hombre.— Su amigo tiene razón, no podemos perder tiempo en divagaciones, lo importante es actuar con oportunidad.

Ignacio.— Yo siento que esto es como una llamada, como una oportunidad de volver a pensar... de volver a empezar.

Viejo.— (*Interesado.*) Llamada... ¿de quién?

Carlos.— (*Burlesco.*) Seguramente que de Dios.

Ignacio.— (*Seco.*) No lo sé.

Carlos.— No me vengas con divagaciones teológicas. Ahora te comprendo perfectamente, mejor de lo que tú crees. Te quieres vengar de mí porque me odias, porque siempre he has odiado. Todo el tiempo te has sentido inferior, y ahora, por momentos, estás saboreando tu superioridad.

Ignacio.— No es eso, solamente quiero encontrar el significado de todo estos.

Carlos.— (*Sigue burlesco.*) Anda, Ignacio, encuentra el significado de tu vida. Explícanos por qué siempre has sido un inútil... ¡Responde a esta pregunta!

Hombre.— Es estúpido seguir discutiendo. Con hablar no llegamos a ningún lado. (*Nadie lo ha escuchado.*)

Carlos.— (*Imperioso.*) ¿Por qué te quedas callado? No tengas ahora miedo a la verdad.

Ignacio.— ¡Déjame solo! Es mi problema.

Carlos.— Da la casualidad que no es sólo tuyo, sino que también es mío, y no voy a permitir que por una estupidez tuya me arruines mi vida.

Ignacio.— ¿Qué te puedo arruinar? Lo único que te queda por perder es tu libertad, y tu libertad no te ha servido para nada. Has hecho lo que has querido pero no has alcanzado nada. A todos nos has usado, hemos sido para ti como cosas útiles.

Carlos.— Yo sólo quiero ayudarte.

Ignacio.— (*Levanta la voz.*) Pretendes ayudarme porque es la única oportunidad que tienes de salvarte, no porque te importe que me vaya a pudrir en una cárcel. Siempre me he dejado vivir mi vida por otros, pero ya se colmó la ración. Ahora voy a comenzar mi vida...

Carlos.— (*Corta.*) No te das cuenta que...

Ignacio.— ¡Y la voy a comenzar como a mí se me antoje!

Hombre.— Hay que ser razonables. No hay por qué exaltarse.

Ignacio.— (*Al Hombre.*) Usted nunca entendería porque hace mucho tiempo perdió la facultad de sorprenderse ante las cosas. Usted no percibe más allá de lo que ven sus ojos, y créame, hay muchos más.

Viejo.— ¿Qué hay?

Ignacio.— No lo sé y es lo que quiero descubrir (*Carlos intenta hablar e Ignacio levanta el tono de su voz.*)... y lo quiero descubrir ahora mismo.

Carlos.— (*Aparentando conformidad.*) De acuerdo. Halando se entienden mejor las cosas. (*A Ignacio.*) ¿Por qué no analizamos tu vida, Ignacio? Háblanos de tu infancia o de cuando nos conocimos. (*Carlos hace una señal al Hombre para que intervenga.*)

Hombre.— Sí, sí, háblenos de su infancia.

Ignacio.— (*Complacido.*) Me gusta la idea. (*Dirige sus palabras al Hombre y al Viejo.*) Pasé mi infancia en un pequeño pueblo cerca de aquí. Mi madre murió cuando yo nací, por lo que me educó mi abuela. Era una mujer maravillosa, como no he conocido otra; me quería mucho... más de lo que merecía.

Carlos de nuevo hace una seña la Hombre.

Hombre.— (*Titubeante.*) ¿A qué edad terminó su infancia?

Ignacio.— (*Turbado.*) No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

Hombre.— Pensé que pudiera interesar.

Carlos.— Sí, Ignacio, contéstala, es una buena pregunta.

Ignacio.— (*Piensa un poco.*) ¿Cómo se entera uno cuando termina su infancia?

Carlos mira al Hombre cediéndole la respuesta.

Hombre.— (*Titubeante.*) No los é.

Viejo.— La infancia termina cuando uno aprende a guardar un rencor.

Ignacio.— (*Con sinceridad.*) Yo nunca he aprendido a guardar un rencor.

Carlos.— Ves, Ignacio, aún no has madurado.

Ignacio.— Entonces, ¿qué es ser hombre? ¿Vivir teniendo siempre un rencor a su lado?

Viejo.— Pero hay cosas que no se perdonan. Solamente se vive una vez, y hay gente que destroza nuestra única vida. ¡Cuántas ilusiones tendría este muchacho! Usted las ha truncado todas. ¿Cree que si él pudiera odiarlo ahora, no lo haría?

Ignacio.— Yo no quería matarlo... me era indiferente.

Viejo.— (*Con pasión.*) Ahí está el fondo del problema, no en que nos amemos o nos odiamos, sino en que somos indiferentes. Yo llegué a odiar a mi mujer porque me abandonó llevándose a mi hijo. Ese odio ya se acabó, no me duró toda la vida; (*Con certeza.*) pero la indiferencia sé que me va a acompañar más allá de la muerte.

Carlos.— Creo que estamos divagando. Lo importante es averiguar qué fue de tu vida para que hoy te encontraras aquí.

Ignacio.— (*Al Viejo y al Hombre.*) Todo comenzó poco después de que conocí a Carlos. Para mí fue un cambio enorme. Primero comenzamos aventurándonos diciendo chistes en las fiestas familiares. (*Con gusto.*) ¿Te acuerdas, Carlos?

Carlos.— Claro. Después formamos un dueto cómico y nos dedicamos a dar funciones por todo el país. Hasta hoy que nos encontramos en una posada en que tú por error mataste a un muchacho. (*Ignacio parece entender.*) Ves, Ignacio, como todo es muy sencillo. ¿Dónde está la complicación?

Viejo.— ¿Por qué el cambio de color?

Ignacio.— Sí, eso es. ¿Por qué maté a un negro que después se transformó en blanco?

Carlos.— (*Pierde la paciencia.*) Esas son cosas sin importancia. A la policía no le va a importar esa historia, se reirían de ti si la contaras, pensaría que estás loco. ¿No ves que la realidad es más fantástica que la fantasía? Solamente hay un hecho: un cadáver, y tú lo mataste.

Hombre.— No sabes quién era, ni cómo se llamaba.

Viejo.— Yo sé quién era. (*Todos lo miran y por un momento el viejo goza de un auditorio ansioso.*) Se llamaba Roberto. Desde que lo vi entrar por esa puerta, me dijo: “Este muchacho trae gato encerrado”. A su edad no se puede andar solo en un hotel como éste. Platicamos un rato hasta que se durmió. (*Con reproche.*) Fue poco antes de que ustedes llegaran. Nunca había bebido, ni sabía mentir. No hubiera podido guardar un rencor porque...

Carlos.— (*Ansioso.*) Vaya al grano.

Viejo.— Dijo que su madre lo odiaba porque era feo. Yo no creo que lo odiara por eso, sino porque era negro.

Ignacio.— ¿Por qué ahora es blanco?

Carlos.— (*A Ignacio.*) No interrumpas. (*Al Viejo.*) Continúe.

Viejo.— Ayer, antes de huir, su madre y otra mujer le pintaron la cara y las manos con pintura de zapatos para burlarse de él.

Carlos.— (*Triunfante.*) Eso responde tu pregunta. Tú querías encontrar una respuesta metafísica, y ya ves que la encontramos en algo tan físico como un disfraz. (*Decidido.*) Ahora solamente avisamos a la policía, contamos lo del robo y asunto concluido.

Carlos se dirige a la puerta.

Ignacio.— No me importa cómo expliquen el hecho, no me interesa si fue pintura o que se llamaba Roberto. Yo sólo sé que he matado a un inocente, y que quiero cargar con la culpa.

Carlos.— No volvamos a comenzar. Ya hemos perdido demasiado tiempo con razonamientos inútiles. No estoy dispuesto a perder ni un minuto más. Si no le cuentas a la policía lo que te he dicho, sabrás de mí después.

Hombre.— Compréndalo. Yo tengo esposa, hijos y una posición, y usted, por querer jugar a las respuestas, me va arruinar. Si quiere comenzar una nueva vida, es libre de hacerlo, pero comience en otra ocasión, no en ésta.

Ignacio se queda pensativo.

Viejo.— Si él no dice nada, yo sí diré toda la verdad. Vi cómo sucedió todo y por este crimen va a responder usted. (*Señala a Carlos.*)

Carlos.— (*Colérico.*) Usted también va a mantener la boca cerrada. Recuerde que usted le puso la navaja al maldito negro. (*Cambia a un tono conciliatorio.*) Ignacio, tienes que ser razonable.

Ignacio.— No me importan razones. Antes quería razonar, ahora no quiero. He encontrado una verdad y no quiero perderla. Si quiero cambiar de vida necesito tener un camino qué seguir, y he elegido el de mi conciencia.

Carlos.— (*Fuera de sí.*) Estás loco, ¿cómo puedes hablar de “tu conciencia”? ¿Por qué se metió tu hermana con un negro? ¿Eh? ¿Por qué es una prostituta? Porque la abandonaste. ¿Cuántas veces ayudaste a tu abuela? Ninguna. Ella fregó pisos para mantenerse hasta el día que murió. ¿Y no te acuerdas de aquella mujer que se enamoró de ti? Ha sido la única persona que realmente te ha querido. ¿Cómo le pagaste? Ni siquiera le dejaste que conservara a tu hijo. Tú eres como yo y como todos: unos egoístas; pero nosotros lo reconocemos, y tú ni para eso tienes valor. Eres un cobarde. Todo esto ha sido una farsa. Comenzó con un payaso de cara pintarrajeada y terminó con otro payaso. Señores, la función ha terminado, el público aplaude (*Lo hace.*), y los actores vuelven a la realidad. Abajo máscaras y lloriqueos. Aquí, sobre el escenario, queda un muerto, y eso no es fantasía, a ése no se le aplaude ni se le llora. Ésta es la cruda realidad. En este momento voy a avisar a la policía, y no me importa lo que digan, porque la policía no gusta de fantasías sino de realidades, y un cadáver no se puede testimoniar solamente con fantasías.

Carlos sale del cuarto.

ESCENA QUINTA

Hombre.— (*Rompe el silencio.*) Es lo mejor para todos. Tengan la seguridad de que mañana, cuando recordemos esta noche, nos reiremos.

Ignacio.— ¿Cree usted que voy a mentir? A la policía podría mentirle, no me importaría, pero he tomado una resolución y, por una vez en mi vida, va a ser irrevocable.

Hombre.— ¿No cree que está exagerando? Hay que ser sensatos. Con la autoridad de no se juega.

Ignacio.— Es este momento no quiero ser sensato. Llegó el tiempo de las locuras, el tiempo de ir contra las razones en busca de la razón. Voy a intentar volver a vivir y a ayudar a vivir a todos lo que me han rodeado.

Viejo.— (*Señala el cadáver.*) A él no lo puede ayudar, pero habrá otros que sí.

Hombre.— ¿Cree que es tan sencillo volver a nacer? Está visto que los humanos no nacemos para hacer cosas grandes.

Ignacio.— Se equivoca. Hay muchas personas que viven entre nosotros y son santos, y ni siquiera ellos lo saben. Son gente que se ha entregado en un servicio: un padre que se sacrifica trabajando para sacar adelante su familia; una maestra que ni siquiera pide agradecimiento a sus alumnos; quizá un cajero o un hombre que vende helados. ¿Nunca ha pensado en esto? Yo muchas veces lo pienso cuando compro un helado o voy a una tienda, es para mí una esperanza, porque yo me doy asco. A veces encuentro esta misma percepción en la risa de un niño. Es lo único valedero que he encontrado en la vida... y ahora parece que es la última oportunidad que tengo de hacerlo mío. Aprovecho esta ocasión o la pierdo para siempre.

Hombre.— (*Por vez primera caluroso.*) No le parece extraño que hasta ahora tome una decisión tan importante. Ya no es un niño, es usted un hombre con todas sus virtudes y defectos, y una virtud universal, o llámele defecto, es que es muy doloroso renunciar a sí mismo. No va ahora a comenzar un camino de santidad. (*Con burla.*) Eso lo debió pensar cuando pudo haber vivido otra vida. Ahora es imposible. Yo una vez lo intenté, puse toda mi vida de por medio y fracasé. (*Con amargura.*) Ni usted ni yo podemos aspirar a las alturas.

Ignacio.— No me importa saber si podré o no, todo lo que sé es me siento llamado y, lo mínimo que puedo hacer, es intentar dar una respuesta.

Viejo.— No lo entiendo, ¿por quién se siente llamado?

Ignacio.— No lo sé, pero le aseguro que siento ahora una gran paz.

Viejo.— Le deseo toda la suerte del mundo.

Hombre.— (*Al Viejo, con ira.*) Esa misma suerte usted la va a necesitar para salir de este enredo.

Viejo.— No me importa qué pueda pasarme.

Hombre.— ¡Claro! ¿Qué puede perder? No tiene ni familia, ni dinero.

Viejo.— Todo lo tuve y en mí estuvo la decisión de perderlo. Ahora ya es demasiado tarde para cambiar mi decisión. Usted nunca podrá entender al señor, (*Señala a Ignacio.*) porque nació mezquino. En toda la noche no ha hecho otra cosa que preocuparse por su pellejo.

Hombre.— ¿Qué más podemos hacer? ¿Revivir al muerto?

Viejo.— Varía mi vida para que Roberto viviese, pero ya nada podemos hacer. Lo que no comprendo es que usted no sienta dolor por él... o por mí. Todos le somos indiferentes.

Hombre.— Ni usted, ni él (*Señala al cadáver.*) me importan, como no me importa toda la escoria del mundo. Son vidas improductivas que no deberían de existir.

Ignacio.— Se equivoca, es tan hermoso vivir. Yo nunca he renegado de mi existencia, ahora me doy cuenta de cuánto la he desperdiciado. Creí que al no comprometerme viviría un poco más, pero estaba en un error.

Viejo.— (*A Ignacio.*) Si para mí aún hay tiempo, para usted con mayor razón.

Hombre.— (*A Ignacio.*) Usted es el que está equivocado. Pretende saltar al vacío y nos va a arrastrar a todos... (*Pausa.*) No sé porqué tarda tanto en volver su amigo.

Viejo.— ¿De verdad cree usted que regrese? (*El Hombre queda perplejo.*)

Ignacio.— Carlos no volverá a menos que sienta que ha ganado la partida.

Hombre.— Si él no regresa, tampoco yo me quedo a ver el final de esta comedia. (*Toma su maleta y sale.*)

Viejo.— (*Tímido.*) Yo quiero decirle algo. Usted habla de santos- Yo no he conocido uno, ni creo que llegaré conocerlo, soy demasiado viejo para ello, pero debe ser maravilloso. Cuando uno es viejo, sabe que nunca más podrá ser útil y que sólo le queda esperar a que la muerte llegue mientras intenta pasar de la mejor manera la poca vida que le queda. Entonces se da uno cuenta que pudo vivir mil vidas y escogió vivir solamente una, y ésta, amigo mío, casi nunca Convence. Ahora me gustaría, si pudiera, probar

otros caminos, o mejor aún, volver a vivir mi misma vida, pero al llegar a determinadas encrucijadas tomas otro rumbo. Ahora estaría con mi mujer y mi hijo, porque ella seguramente no me hubiera abandonado. Pero esto ahora es fantasía, y la fantasía es buena para los libros y para los enamorados.

Ignacio.— No sé si podré tomar otro rumbo.

Viejo.— Inténtelo, nunca se arrepentirá de haber vivido esta noche. Yo no sé si todo esto ha sido una llamada, o por qué cambió de color Roberto, todo lo que puedo decirle es que persevere en su idea, como lo debieron hacer el vendedor de helados o la maestra que antes mencionaba. Todos tenemos momentos de santidad, pero lo verdaderamente valioso es la repetición de esos momentos hasta llegar a la continuidad. Y eso amigo mío, es heroísmo.

Se escuchan pasos en la puerta y el Viejo e Ignacio miran la entrada con interés. Entra Carlos seguido del Hombre.

Carlos.— He avisado a la policía. Ignacio, solamente te aconsejo una cosa, cuéntale la historia del rogo y ni una palabra más, si no quieres que la que pague por todo esto sea tu hermana.

Ignacio.— (*Altivo.*) ¡No te atreverás a tocarla!

Carlos.— No pienso tocarla. Ya verás que un día preferirás que hoy la hubiese matado.

Ignacio.— (*Con inseguridad.*) ¿Qué es lo que tramas hacer?

Carlos.— Dile la verdad a la policía y lo sabrás.

Ignacio.— (*Suplicante.*) No, dímelo ahora.

Carlos.— (*Cada vez más seguro.*) Yo podría matar a tu hermana, pero no me conviene. La policía castiga al que mata el cuerpo, pero no al que mata el alma, y por experiencia te diré, que es mucho más caloroso. Yo prefiero matarle el alma a tu hermana. ¿No sabías que todos los humanos tenemos la maravillosa y terrible facultad de moldear el alma de los demás?

Ignacio.— (*Casi histérico.*) No te entiendo... no te entiendo.

Carlos.— Tú sabes perfectamente que tu hermana me quiere. Puedo abandonarme en los acontecimientos y verás hasta dónde nos llevan.

Ignacio.— (*Asustado.*) ¡No te atreverás! (*Se escucha a lo lejos una sirena. Todos guardan silencio.*) Carlos, no serás capaz... (*Pausa.*) Carlos... (*El ruido de la sirena aumenta en intensidad hasta parecer un grito desgarrador.*) ¡Carlos, ayúdame!

Ignacio recorre con la mirada a todos los presentes suplicando ayuda. Cuando se encuentra con la mirada del viejo, éste baja la cabeza. Ignacio mira suplicante al público. Entra un Policía, viejo y gordo, se acerca al cadáver y, con indiferencia, lo descubre.

Policía.— (*Con voz despersonalizada.*) ¿Quién mató a este negro?

Todos los muscuros de los presentes se tensan, los rostros estupefactos se dirigen primero al cadáver, que ahora es negro. El público constata el cambio de color. Y luego hacia Ignacio, quien asustado e indeciso, no se atreve a contestar. El silencio se prolonga demasiado.³

Carlos.— Lo mató mi amigo... (*Señala a Ignacio.*) en defensa propia. Lo descubrió robando y... el negro... lo amenazo con una navaja.

Policía.— (*Mira de frente a Ignacio.*) ¿Es verdad lo que dice su amigo? (*Ignacio no responde.*) Le estoy preguntando la verdad, ¿mató a este sujeto en propia defensa?

La lucha en Ignacio ha llegado al clímax; suplicante busca un asidero, primero mira a Carlos, después al viejo, pero ambos le rehúyen la mirada.

Ignacio.— (*Sus palabras parecen brotar de los más hondo de su ser.*) Sí, es la verdad.

Fin del acto único.

³ Nota para el Director. Cuando el Viejo cubre el cadáver después de haber descubierto el cambio de color, hay un momento para el cambio de maquillaje de Roberto sin que el público lo perciba.